

75

8

BF1275

.B5

D42

C.1

46341

009948



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080021762

8756

LEON DENIS.

Cristianismo y Espiritismo.

Las Vicisitudes del Evangelio.

LA DOCTRINA SECRETA DEL CRISTIANISMO.

Relaciones
con los espíritus de los muertos.

LA NUEVA REVELACION.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Verde y Tellez
Biblioteca Universitaria

MEXICO

IMP. Y LIT. DE FELIX VIZCAINO SUCESOR.

Calle de Zuleta Núm. 18.

1899

46341

BF1275

.B5

D42



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Al espíritu de Jerónimo,
mi
venerado Maestro,
consagro este libro.

009948

INTRODUCCION

No es un sentimiento de hostilidad ó de malevolencia el que ha inspirado estas páginas. No tenemos aversión para ninguna idea, ni para persona alguna. Cualesquiera que sean los errores ó las faltas de quienes se amparan con el nombre de Jesús y de su doctrina, la idea del Cristo no despierta en nosotros sino un sentimiento de profundo respeto y de sincera admiración. Educados en la religión cristiana, conocemos cuánto ésta encierra de poesía y de grandeza. Si hemos abandonado el terreno de la fe católica, para seguir el de la filosofía espírita, no hemos olvidado por esto los recuerdos de nuestra infancia, el altar adornado de flores ante el cual se ha inclinado nuestra juvenil cabeza, la armonía inmensa de los órganos sucediendo á los cantos graves y profundos, y la luz filtrándose por las ojivas de colores, chispeando sobre las baldosas del pavimento, entre los fieles prosternados. No hemos olvidado que la cruz austera extiende sus brazos sobre la tumba de aquellos que más hemos amado en la tierra. Si entre todas las imágenes hay para nosotros una grande y sagrada, es la del suplicio del Calvario, la del mártir enclavado en madero infame, vejado, coronado de espinas, y que, agonizando, perdona á sus verdugos.

Aún hoy, escuchamos con emoción sincera los lejanos toques de las campanas, la voz de los broncees que van á despertar los sonoros ecos de los valles y de los bosques. Y, en horas de tristeza, queremos meditar en la iglesia solitaria y silen-

ciosa, bajo la irresistible influencia que le han impreso las plegarias, las aspiraciones y las lágrimas de tantas generaciones.

Mas de esto surge una cuestión, que muchos han resuelto por el estudio y la reflexión. Todo aquel aparato que hiere los sentidos y toca al corazón, todas aquellas manifestaciones del arte, la pompa del rito romano, el cuadro intrincado y deslumbrador de las ceremonias, ¿acaso no son como un velo brillante que oculta la pobreza de la idea y la insuficiencia de la enseñanza? ¿No es el sentimiento de su impotencia para satisfacer las altas facultades del alma, la inteligencia, el juicio y la razón, el que ha puesto á la Iglesia en la vía de las manifestaciones materiales y exteriores?

El protestantismo, al menos, es más sobrio. Si desprecia las decoraciones y las formas, es para sublimar la grandeza de la idea. Establece la autoridad única de la conciencia y el culto del pensamiento, y, de principio en principio, de consecuencia en consecuencia, llega lógicamente al libre examen, es decir, á la filosofía.

Conocemos todo cuanto encierra de sublime la doctrina de Cristo; sabemos que es por excelencia la doctrina del amor, la religión de la piedad, de la misericordia y de la fraternidad entre los hombres. Pero ¿la doctrina de Jesús es la que la Iglesia romana enseña? La palabra del Nazareno nos ha sido dada pura y sin mancha; ¿y la interpretación que la Iglesia nos da de ella está exenta de todo elemento que pueda corromper la pureza de su sentido?

No hay cuestión más importante, más digna de meditarse por los hombres pensadores, como de la atención de todos los que aman y buscan la verdad. Hé aquí lo que nos proponemos examinar en la primera parte de esta obra, con el auxilio y la inspiración de nuestros guías del espacio, prescindiendo de todo aquello que pueda turbar las conciencias, agitar las pasiones depravadas y fomentar el antagonismo entre los hombres.

Tal trabajo, es verdad, lo han emprendido algunos antes que nosotros, pero su fin, sus medios de investigación y controversia difieren de los nuestros. Han procurado menos edificar que destruir, en tanto que nosotros pretendemos formar una obra de síntesis y reconstitución. Hemos procurado separar de la sombra de los tiempos, de la confusión de los textos y de los hechos, el pensamiento por excelencia, pensamiento de vida que es la fuente pura, el foco inmenso y luminoso del cristianismo, al mismo tiempo que la explicación de los fenómenos extraños que caracterizan sus orígenes, fenómenos siempre renovables, que, en efecto, cada día varían á nuestros ojos, y son susceptibles de explicarse por las leyes naturales. En este pensamiento velado, en estos fenómenos inexplicados hasta hoy, pero que una nueva ciencia analiza y observa, es donde encontramos la solución de aquellos problemas ocultos por tanto tiempo á la razón humana: el conocimiento de nuestra verdadera razón de ser y la ley inflexible de nuestros soberanos destinos.

Una de las más fundadas objeciones dirigidas al cristianismo por la crítica moderna, es que su moral y su doctrina de la inmortalidad se apoyan en un conjunto de hechos que llaman *milagros* y que el hombre, iluminado con el conocimiento de las leyes naturales, no puede admitir hoy.

Si los milagros, se añade, han sido necesarios para fundar una creencia del más allá, ¿lo son menos en nuestra época de duda y de incredulidad? Y desde luego, ¿á qué causa deben atribuirse tales milagros? No á la naturaleza divina de Cristo como algunos lo han pretendido, puesto que sus discípulos los verificaban igualmente.

Mas la cuestión va á dilucidarse con una luz radiante, y las afirmaciones del cristianismo tocante á la inmortalidad, adquirirán más fuerza y autoridad si es posible comprobar que esos hechos que titulan *milagros* son verificados en todos los tiempos, particularmente en nuestros días; que son el efecto de causas libres, invisibles, que obran incesantemente, pero suje-

tos á leyes inmutables; si, en una palabra, vemos en ellos, no ya milagros, sino fenómenos naturales, una forma de la evolución y de la supervivencia del sér.

Tal es precisamente una de las consecuencias del espiritismo. Con un estudio profundo de las manifestaciones de ultratumba, demuestra que esos hechos se verifican en todos los tiempos, cuando las persecuciones no les ponen obstáculos; que casi todos los grandes misioneros, los fundadores de secta y de religión han sido *mediums* inspirados; que una comunión constante une dos humanidades, ligando á los habitantes del espacio con los del mundo terrestre.

Esos hechos se producen en derredor nuestro con nueva intensidad. Desde hace cincuenta años hay aparecidos, las voces de ultratumba déjanse oír, los mensajes nos llegan por vía tipológica ó de incorporación, así como por la escritura automática. Multitud de pruebas se presentan en conjunto para revelarnos la presencia de nuestros prójimos, de aquellos que hemos amado sobre la tierra, que han sido nuestra carne y nuestra sangre y de quienes la muerte nos había separado momentáneamente.

Con sus conversaciones, con sus enseñanzas, nos dan á conocer el misterioso más allá, objeto de tantos delirios, de tantas disputas y contradicciones. Las condiciones de la vida futura se revelan claramente á nuestro entendimiento. La obscuridad que reinaba en tales cuestiones, se disipa. El pasado y el porvenir se iluminan hasta en sus más recónditas profundidades.

De esta suerte, el espiritismo nos manifiesta las pruebas naturales y tangibles de la inmortalidad, y por esto nos conduce á las doctrinas puras del cristianismo, al fondo mismo del Evangelio, que la obra del catolicismo y la lenta edificación de sus dogmas han envuelto en tantos elementos discordantes y extraños. Con su escrupuloso estudio del cuerpo fluidico ó *periespíritu*, hace más comprensibles, más aceptables, los fenómenos

de aparición y de materialización sobre los cuales se apoya el cristianismo.

Estas consideraciones harán resaltar mejor la importancia de los problemas tratados en esta obra, y de los que damos la solución, apoyándonos á la vez en el testimonio de sabios imparciales é ilustres, y en los resultados de experiencias personales, practicadas durante más de treinta años.

En vista de esto, no se pondrá en duda por nadie, la oportunidad de este trabajo, el cual esperamos que no pase inapercibido. Nunca como al presente se ha hecho sentir la imperiosa necesidad de esclarecer cuestiones vitales, á las que está tan íntimamente enlazado el destino de los pueblos.

Hastiado de dogmas oscuros, de teorías exclusivistas, de afirmaciones sin pruebas, el pensamiento humano, desde hace mucho tiempo, se ha dejado invadir por la duda. La crítica inexorable ha analizado todos los sistemas.

La fe ha disminuido; el ideal religioso se ha ofuscado. Al mismo tiempo que los dogmas, las altas doctrinas filosóficas han perdido su prestigio. El hombre ha olvidado á la vez, el camino del santuario y la ruta que conduce al pórtico de la ciencia.

Para quien observe atentamente las cosas, la época en que vivimos está llena de amenazas; nuestra civilización tiene un aspecto deslumbrador, pero ¡cuánta mancha empaña su brillantez! El bienestar y la riqueza se difunden; pero ¿es por sus riquezas por lo que una sociedad es grande? ¿El objeto del hombre sobre la tierra, es llevar una vida fastuosa y sensual? ¡no! Un pueblo no es grande, un pueblo no prospera ni adelanta sino por el trabajo, por el culto á la verdad y á la justicia.

¿En qué se han convertido las civilizaciones del pasado, aquellas que no cuidaron sino del bienestar del cuerpo, de sus necesidades materiales y de locas fantasías? Han muerto, yacen bajo sus propias ruinas.

Encontramos precisamente en nuestra época las mismas

tendencias peligrosas que han perdido á nuestros antepasados. Estas tendencias consisten en atender solamente á la vida material, en dar á la existencia por objeto y por fin la conquista de los goces físicos. La crítica y la ciencia materialistas han entenebrecido los horizontes de la vida. Han unido á las tristezas del presente, la negación sistemática, la idea abrumadora delanada. Han agravado todas las humanas miserias. Han quitado al hombre, con sus armas mortales más seguras, el sentimiento de su responsabilidad. Han trastornado hasta en lo más profundo los mismos fundamentos del yo.

De este modo, de individuo á individuo, los caracteres se envilecen, la venalidad aumenta, la inmoralidad se propaga como una llaga inmensa. Lo que era sufrimiento se ha convertido en desesperación. Los casos de suicidio se multiplican cada día. ¡Hecho monstruoso y que jamás se había visto en época alguna! esta plaga del siglo alcanza aun á los niños.

Contra estas doctrinas de negación y de muerte surgen hoy hechos que las condenan. Una experimentación metódica y constante nos conduce á esta certidumbre: el sér humano sobrevive á la muerte, y su destino es obra suya.

Hechos multiplicados, innumerables, han suministrado datos sobre la naturaleza de la vida y la no interrumpida evolución del sér. La ciencia ha comprobado esos hechos. Mas al presente conviene interpretarlos, dilucidarlos, y sobre todo investigar la ley, las consecuencias, y todo cuanto pueda ser útil para la vida del individuo y de los pueblos.

Estos hechos van á despertar en las conciencias las verdades aletargadas. Devolverán al hombre la esperanza con el ideal elevado que ilustra y fortifica. Al probar que no morimos del todo, el hombre dirigirá su corazón y su pensamiento hacia las vidas superiores en donde la justicia tiene su cumplimiento.

Todos comprenderán, por esto, que la existencia tiene un objeto, que la ley moral es una realidad y que tiene una sanción; que no hay sufrimientos estériles, ni trabajos sin provecho, ni

pruebas, sin recompensa; que todo está pesado en la balanza del divino justiciero.

En vez de este campo limitado de la vida, en el que los débiles sucumben fatalmente; en lugar de esta ciega y gigantesca máquina del mundo que demuele las existencias, y de que nos hablan los defensores del escepticismo, el nuevo Espiritismo manifestará á los ojos de aquellos que buscan y de aquellos que sufren la esplendorosa visión de un mundo de equidad, de justicia y de amor, donde todo está regulado con sabiduría, con orden y armonía.

De esta manera será mitigado el sufrimiento, se asegurará el progreso del hombre, su trabajo será santificado, y la vida adquirirá más dignidad y grandeza.

Así como el hombre tiene necesidad de una patria y de un hogar, la tiene también de una creencia. Esto explica por qué los formas religiosas caducas y envejecidas tienen aún sus partidarios. El corazón humano abriga tendencias y necesidades que ningún sistema negativo podrá satisfacer. A pesar de la duda que le invade, desde que el alma sufre, instintivamente se dirige al cielo. En cualquiera situación el hombre vuelve á encontrar la idea de Dios; en los cantos de su cuna, en los ensueños de su infancia, así como en las silenciosas meditaciones de su edad madura. En ciertas horas, el escéptico más endurecido no puede contemplar el estrellado firmamento, el curso de millones de soles que tachonan el espacio, ni pasar ante la muerte, sin respeto y turbación.

Por cima de las polémicas infructuosas, de las controversias estériles, hay una cosa que se escapa á todas las críticas: es la aspiración del alma humana hacia un Ideal eterno que la sostiene en sus luchas, la consuela en sus días de prueba, le inspira resoluciones heroicas; es aquella intuición que nos revela que, tras de la escena en que se desarrollan los dramas de la vida y el grandioso espectáculo de la naturaleza, hay una Omnipotencia, una Causa suprema que está oculta, pero es la que ha re-

gulado las fases sucesivas y ha trazado el plan de evolución.

Mas ¿dónde encontrará el hombre el camino cierto que le conduzca á Dios? ¿Dónde apoyará la convicción que le guiará de etapa en etapa, y á través de los tiempos y del espacio, hacia el objeto supremo de la existencia? En una palabra, ¿cuál será la fe del porvenir?

Las formas materiales y transitorias de la religión pasan, mas la idea religiosa, la creencia pura, despojada de todas sus formas inferiores, es indestructible en su esencia. El ideal religioso, como todas las manifestaciones del pensamiento, seguirá la ley ineludible de la evolución; no escapará á la ley del progreso, que rige á los seres y á las cosas.

La fe del porvenir que surge ya del seno de la sombra, no será ni católica ni protestante; será la creencia universal de las almas, la que reina en todas las sociedades adelantadas del espacio, y por la cual cesará el antagonismo que separa la ciencia natural de la religión. Merced á su influjo, la ciencia se convertirá en religiosa y la religión en científica. Sus fundamentos serán la observación, la imparcial experiencia de los hechos mil veces repetidos. Al manifestarnos las realidades objetivas del mundo de los Espíritus, disipará todas las dudas, alejará las incertidumbres, y nos mostrará las infinitas perspectivas del porvenir.

Hay momentos solemnes en la vida de los pueblos. En ciertas épocas de la historia pasan sobre el mundo las corrientes de la idea, que despiertan á la humanidad de su letargo. El hálito de lo alto hincha la gran ola humana, y gracias á él, salen de la sombra las verdades olvidadas en la noche de los siglos; surgen de las mudas profundidades donde duermen los tesoros de las fuerzas ocultas, donde se combinan los elementos regeneradores, donde se elabora la obra misteriosa y divina. Manifiéstanse bajo formas inesperadas, reaparecen y reviven. A semejanza de los fantasmas, inspiran admiración y espanto á las inteligencias mediocres. Se diría que son el alma de las

tradiciones antiguas, los espíritus de los dioses, de los héroes, de los profetas, que surgen de la noche. Desde luego, son despreciados, mofados por la muchedumbre; pero ellos, serenos é impasibles, prosiguen su camino. Mas un día llegará en que se reconozca que esas verdades menospreciadas y desdeñadas, venían á ofrecer el pan de vida, la copa de la esperanza á todas las almas sufrientes y laceradas; que nos traían un nuevo principio de enseñanza y quizás un medio de regeneración moral.

Tal es la actitud del Espiritualismo moderno, en el que renacen tantas verdades olvidadas desde algunos siglos. Resume en sí el credo de los sabios y de los antiguos iniciados, la fe de los primeros cristianos y la de nuestros padres los Celtas; reaparece con las más poderosas formas para señalar una nueva y ascendente etapa en la marcha de la humanidad.

CRISTIANISMO Y ESPIRITISMO.

I

ORIGEN DE LOS EVANGELIOS.

Desde hace cerca de un siglo, trabajos importantes emprendidos en diversos países cristianos por hombres que ocupan puestos elevados en las Iglesias y Universidades, han servido para reconstituir la evolución de la tradición evangélica en sus fases sucesivas.

En los centros de religión protestante es donde principalmente se han llevado á cabo tales trabajos, notables por su erudición y carácter minucioso, y que han arrojado viva luz en los orígenes del cristianismo, en el fondo, la forma, y el alcance social de las doctrinas del Evangelio. ¹

Expondremos brevemente aquí cuáles son los resultados de dichos trabajos, procurando que sea en forma más sencilla que la de los exégetas protestantes.

Cristo nada escribió. Sus palabras derramadas en medio de los caminos, se han transmitido de boca en boca y sido transcritas en épocas diversas, mucho después de su muerte. Poco á poco se ha formado una tradición religiosa popular, tradición que ha sufrido evolución incesante hasta el siglo IV.

Durante ese periodo de trescientos años, la tradición cristiana

¹ Estos trabajos han sido recopilados por la *Enciclopedia de Ciencias religiosas* de F. Lichtenberger, Dean de la facultad de teología protestante de París, y que pueden consultar con provecho los que se consagren á los estudios de exégesis y crítica sagrada. Además se les recomienda *La Historia de la teología cristiana en el siglo apostólico*, por Eduardo Reuss, profesor de teología de Strasburgo. (París, Treuttel Würtz, 1852.)